

mos, dejando un poco tranquilizadas á las señoras, y un tanto convencidas de que el miedo y la ignorancia son los que asustan á los vulgares cada rato, y no el diablo ni los pobres muertos á quienes les levantan innumerables falsos testimonios.

CAPITULO IV.

En el que se refiere la peligrosa aventura en se vió nuestra Quijotita por su fervorosa é imprudente virtud.

Sin embargo de que á favor del desengaño, ya no trató D.^a Eufrosina de mudarse de su casa, no varió ella ni su hija el plan de su nueva vida, cosa que no dejó de extrañar el coronel; pero como su virtud no era sólida, bastardeó desde sus principios, y llenó el extremo de la gasmoñería y ridiculez.

No habia fiesta de iglesia donde no concurrieran madre é hija, y se estaban en el templo hasta que se concluia la funcion y levantaban el petatito, como suelen decir. Por las tardes, luego que reposaban la comida, se vestian y marchaban para la iglesia donde estaba el circular, y no volvian hasta que depositaban, de suerte que no paraban en casa, la cual ya se deja enten-

der cómo andaria, adandonada del todo al cuidado ó descuido de los criados; ello es que D. Dionisio no dejó de resentir el mal trato que recibia á causa de la vagamundería espiritual de su familia; pero no se atrevia á reconvenir, porque Eufrosina lo dominaba, y él no sabia atacarse los calzones.

Si el dia se ocupaba tan santamente, la noche no se pasaba ménos. Luego que eran las oraciones se encerraba Eufrosina con su hija y la tia María, que desde la noche de la disputa con el coronel se hizo piedra en la casa, y se ponian á rezar el rosario y una cáfila de novenas, cuya tarea duraba hasta despues de las diez, y no podia durar ménos, porque á mas de cuatro ó cinco novenas que se solian rezar á un mismo tiempo, habia otras devociones fijas que por ningun caso se omitian.

Todos los dias de la semana tenian sus rezos particulares. El lunes se debia rezar á S. Cayetano y á las ánimas benditas; mártes, á Señora Santa Ana, á S. Antonio de Padua; miércoles, á la Preciosa sangre &c. &c.

Fuera de esto, habia sus libritos que se rezaban por fechas, sin perjuicio de los

diarios. Por ejemplo: dia primero, se rezaba á la Divina Providencia: dia siete, á S. Cayetano: dia ocho, á la Purísima: dia doce, á la Santísima Virgen de Guadalupe: dia diez y seis, á S. Juan Nepomuceno: dia diez y nueve, á Sr. S. José: dia veinte y uno, á S. Luis Gonzaga: dia veinte y seis, á Señora Santa Ana; y qué sé yo qué mas.

No era lo malo que se rezara tanto, lo fatal era el modo con que se rezaba, y las inconsecuencias que se originaban por esta imprudente y mal entendida devocion; porque el modo era rezar con mil interrupciones, lo que manifestaba la ninguna atencion con que rezaban. *D.^a Eufrosina* llevaba siempre el coro, y era la que mas interrumpia, pues durante un *Padre nuestra* preguntaba tres ó cuatro cosas, y determinaba otras tantas; porque por ejemplo, decia: *Padre nuestro, que estás en los cielos. . . . Niña, ¿ya habrá venido tu padre? —Quién sabe mamá. Santificado sea el tu nombre. . . . Es que si ha venido, que le den chocolate. . . . Venga á nos el tu reino. . . .* y avisale que sobre la cómoda está una carta que trajeron de casa de D. Jacobo. *Hágase tu voluntad. . . .* Espanta al

gato, no vaya á quebrar un vaso: *así en la tierra como en el cielo.* ¿No era la devocion de Eufrosina extremadamente fervorosa?

Como habia dado orden de que nadie la visitara mientras rezaba, tenia D. Dionisio que cumplimentar á sus amigas, que á los principios, ignorantes de la nueva extravagancia de Eufrosina, continuaban de cuando en cuando sus visitas, hasta que mirando que se negaba, se retiraron poco á poco, tratándola de grosera é incivil.

Rabiaba D. Dionisio con estas cosas: pero como era un marido afeminado, no tenia valor, segun se ha dicho, para corregir á su muger; y así se valió de quejarse con mi tutor, y suplicarle que persuadiera á su cuñada para que no fuera tan virtuosa. La empresa es difícil, dijo el coronel; pero haga V. que mañana concurren á la mesa nuestros amigos, y el licenciado que con su genio jocoso puede contribuir á los deseos de V.

En efecto, al dia siguiente fuimos cerca de las doce, hora en que no habian vuelto las señoritas de la Iglesia, y ya las esperaban en su casa el cura, el Sr. Labin y el Lic. Narices.

Miéntas volvia se trató de la extravagancia de las madamas, y cada uno prometió á D. Dionisio hacer por su parte lo posible para ver si podian reducir las á estarse en casa mas y rezar ménos.

Llegaron por fin las señoritas, y despues de las saluciones corrientes, se desnudaron del traje de la calle y se pusieron á platicar con sus visitas. ¿Conque de dónde bueno, madamas? preguntó el coronel. —De la Merced, hermano, contestó Eufrosina. Estaba la Iglesia hecha una gloria, como que hoy es el dia de nuestra Santa Madre. Nosotras fuimos á comulgar, oímos ocho misas en un instante, venimos á desayunarnos, y nos volvimos á la funcion, que ha estado muy famosa, especialmente el sermón que predicó el P. presentado N.: ya se vé como que es divino el frailecito. —Todo habrá estado, segun V. lo dice: lo que no puedo entender es cómo oyeron ocho misas en un instante, pues por ligeras que se digan se necesita para oirlas algo mas de tres horas.—Pues nosotras las oímos en una, porque las oímos todas á un tiempo.—Es decir, hermana, que no oyeron ninguna, y que si hubiera sido hoy dia de precepto, no cumplen con él probable-

mente, y se quedan sin misa.—¿Y por qué? —Porque para oír misa como se debe, es necesaria la atencion exterior é interior, esto es, la del espíritu y la del cuerpo. A la primera faltan no solo los que van al templo á divertirse con los que entran ó salen á pintar á esta, á dibujar á la otra, á jugar con el abanico ó el palito, ni á distraerse en conversaciones muy ajenas de aquel santo lugar, sino cuantos no estan con la modestia debida, particularmente al tiempo del tremendo sacrificio; y ya V. verá que estando volviendo la cara á este y al otro lugar, y haciendo visages con ocasion de querer oír á un tiempo muchas misas, no solo se falta á esta atencion exterior, mas tambien es causa de que falten á ella los que se divierten con estas gentes visageras.

Asimismo faltan á la atencion interior, pues queriendo meditar en tantas cosas cuantas significan las diversas acciones que muchos sacerdotes hacen sobre el altar, no meditan en ninguna. No me crea V. á mí; oiga como se explica el Dr. D. Joaquin Lorenzo Villanueva en su tratado que escribió de *La reverencia con que se debe asistir á la misa*. Dice pues: „El „que oye muchas misas á un tiempo, ó

„atiende á las varias acciones de ellas, ó
 „no. Si no atiende á esto, ¿en qué funda
 „la mayor ganancia? Si atiende á esto, la
 „misma variedad, como decíamos, le ha
 „de distraer precisamente; porque cuan-
 „do una misa está en el Credo, la otra es-
 „tá á la elevacion de la hostia, la otra en
 „la sumpcion, y la otra en la bendicion,
 „¿quién tiene cabeza para pensar á un
 „mismo tiempo con atencion y devocion
 „en tantas y tan varias cosas?....

„Aun esto se verá mas claro, si atende-
 „mos á la disciplina antigua de la Iglesia,
 „segun la cual no era permitido que en
 „un mismo templo se celebrasen á un tiem-
 „po muchas misas. En los seis primeros
 „siglos de la cristiandad, y aun mas ade-
 „lante sola una misa se podia celebrar
 „diariamente en cada iglesia, ó mas bien
 „en cada pueblo, aun cuando hubiese en
 „él varios templos fuera de la catedral ó
 „parroquia. Notorio es el rito observa-
 „do por los griegos de celebrar todos los
 „presbíteros juntamente con el obispo.
 „Ochenta presbíteros, segun la norma de
 „la reduccion hecha por el emperador
 „Eracio, celebraban juntos un solo sacri-
 „ficio en la iglesia mayor de Constanti-

„noplá. Esto prueba que en los primeros
 „siglos de la Iglesia, y despues de la paz
 „que el Señor le envió por medio de Cons-
 „tantino, no se decian á un tiempo muchas
 „misas en un mismo templo. Y si en al-
 „gun caso de solemnidad ó de gran con-
 „curso eran necesarias mas misas, se ce-
 „lebraban una despues de otra, como se
 „lee en la segunda carta de S. Leon á
 „Dióscoro.

„Y aunque en esto ha variado la disci-
 „plina por justas causas que debemos to-
 „dos venerar; el espíritu de la Iglesia
 „siempre es y será el mismo, segun el
 „cual, los antiguos padres tenian por des-
 „orden distraer con la celebracion de mu-
 „chas misas juntas en una misma iglesia
 „al pueblo que en ella se congregaba.
 „Sabian que las colectas de los fieles se
 „celebran para unir las oraciones de to-
 „dos, para formar de los gemidos de mu-
 „chos un solo gemido, de muchas voces
 „una sola voz; de muchas adoraciones,
 „una adoracion sola, que con suave y po-
 „derosa eficacia incline el pecho benigno
 „de Dios á que nos haga mercedes.

„Conforme á esta costumbre habia en
 „la Iglesia otra no ménos antigua, de no

„consentir en cada templo sino un solo altar, la cual observaron los latinos hasta el siglo VII, y aun hoy dia conservan los abissinos, moscovitas y orientales.”

Se cansa V. en vano, señor coronel, dijo el licenciado, porque estas señoras rezanderas son las mas tontas y las que ménos entienden su religion. Reniego yo de todas estas beatas exteriores.— Reniego yo de V., demonio de hablador, contestó prontamente D.^a Eufrosina: siempre ha de ser V. en contra de nosotras? Para V. no halla medio una muger. Si es alegre, si baila ó se pasea, dice que es libertina, loca y disipada; si por el contrario, es devota y recogida, luego la califica de beata, tonta y devota exterior. ¿Conque qué harémos las mugeres para agradar á este malvado Nariguetas, y libertarnos de su lengua venenosa? Fácil es la respuesta, decia el licenciado: lo que hay que hacer es, ser alegres sin coqueteria, francas sin locura, virtuosas sin hipocresia y devotas sin supersticion; pero como yo no he conocido ni una muger que tenga tantas recomendables circunstancias, sino todas ellas malas por un camino, peores por otro, y detestables por

todos, cargaria mi conciencia si hablara bien de las mugeres... ¿Qué es hablar? si pensara siqu,era que habia ni una sola buena, sí, ni una sola entre cuantas el sol calienta; ántes tengo entendido, y en esta fe y creencia protesto vivir y morir, que vosotras sois la canalla peor de todo el mundo, y sois lo mismo hoy que seis mil años hace. Es decir que siempre habeis sido malas, malisimas y peores de lo que parecísteis á Ovidio, á Séneca, á Castulo, á Horacio, á Virgilio, á Tibulo, á Propercio, y á cuantos autores antiguos y modernos han mal empleado el tiempo y sus plumas en hacer vuestros parecidísimos retratos....

Ya escampa, hermano, dijo Eufrosina: ¿qué le parece á V. y cómo houra este deslenguado á las mugeres? Muy agraviado lo tienen sin duda. Ya se vé, ¿quién ha de apetecer á V. demonio, tan viejo, tan feo y tan hablador? Bien que V. sabe cuándo y con qué mugeres se explica de ese modo. Solo acá y con nosotras: á fe que con Pachita la güera, con la marquesita de... con la hija del contador y con otras así, todo se vuelve V. mieles y zalamerias.... adulator, embastero.

Es verdad que á esas señoras las trato con lo que llaman política, respondia el licenciado; pero eso es porque las quiero ménos que á V.—¿Conque á quien quiere V. mas, le dice mas claridades? Sí, á quien estimo de veras siempre trato de hablarle la verdad, y si puedo, procuro sacarla de sus errores.—¿Pues en qué errores me ve metida? Yo no me tengo por ilustrada ni por sabia; pero tampoco soy muy ignorante: sé muy bien donde me aprieta el zapato; si ya no es que V. tiene por error el que yo y mi hija nos háyamos separado de las tertulias y bureos, el que frecuentemos los templos, el que confesemos, que recemos....en fin, el que tratemos de mudar de vida y buscar á Dios. No, no, señora, decia el licenciado; yo no puedo calificar por yerro la virtud. Todo eso que V. dice es muy bueno, cuando se hace como se debe hacer; pero cuando no, cuando un humor extravagante, y no la gracia divina nos hace parecer virtuosos, entónces nuestra devocion es falsa, no merece otro nombre que el de gasmoñería, y por consiguiente nos hace incurrir en mil errores. V. y otras beatas como V. creen que la virtud con-

siste en no quebrantar los mandamientos descaradamente, en rezar mucho, en ir á las iglesias donde hay música y en ser insociales, fanáticas y simples. Persuadidas con estos bellisimos principios, quebrantan en uno todos los preceptos del Decálogo, se hacen unas hipócritas alucinadas, unas vagamundas de iglesias, sempiternas habladoras de virtud, odiosas á los suyos, y despreciables á la misma sociedad en que viven. No es esta una pintura exagerada de nuestras beatas, es un retrato fidelisimo de ellas. Yo no veo por ahí otra cosa que viejas y aun mozas aturdidas que hacen consistir la virtud en meras exterioridades, al tiempo mismo que ignoran cual es su religion y el grado de obligacion que les imponen sus suaves preceptos.

Yo pudiera decirle á V. mucho sobre esto; pero sé que no me ha de oir con gusto; y así solo le digo, que cumpla exactamente los diez preceptos del Decálogo, y no hará poco: cumpla con las obligaciones de su estado; conforme su voluntad con la de Dios, y creame que será verdadera virtuosa, su devocion será legítima, y no contrahecha; y aunque no rece

una novena en su vida se salvará lo mismo que S. Pedro: mas si, por el contrario, V. no cuida de observar los preceptos de nuestra ley divina; si se desentien- de de las obligaciones que le impone su estado; si solo quiere hacer su gusto por capricho, sin sujetarse al dictámen de un prudente director espiritual, incurrirá en mil errores pecaminosos, se obstinará en ellos, se hará una completa alucinada, faltará mil veces al amor de Dios y del prójimo, y de consiguiente, si la sorprende la muerte en este infeliz estado, se irá á los profundos infiernos, atestada de novenas, camándulas, escapularios, medallas, confesiones y comuniones.

No crea V. que estas son mis cosas, como V. dice; son cosas muy ciertas é infalibles. La falsa devocion, especialmente entre las mugeres, es muy comun: sois extremosas, no hay remedio: si dais en malas, el mismo Barrabas no os iguala; y si dais en parecer buenas.... en parecerlo digo, entiéndame V.; si dais en esto, sois supersticiosas, exteriores, monas y ridículas hasta no mas.... ¡Fuego y qué sexo tan endiantrado es el vuestro, que con dificultad se contiene en los medios,

sino que casi siempre declina hácia los extremos! Ten cuidado, Dionisio, ten cuidado con tu muger ahora que aparenta santidad. Ya sabes, eh, ya sabes que de estas que no comen miel, libre Dios nuestros panales. El diablo son estas santurronas, falsas devotas y verdaderas hipócritas: cuenta con ellas.

No fuera malo que V. la tuviera con su lengua, mordaz, faceto, malcriado.... Así se explicaba Doña Eufrosina, llena de enojo contra el lic. Narices; pero este con mucha sorna le decia: ¿Qué tal? me engaño de mi juicio, señoritas? ¡Ve V. y qué pronto se le exalta la bilis, y como se desahoga de la manera que puede contra mi? pues á fe que ese enojo, maldita la prueba que hace de la virtud de V. El mismo dia que ha comulgado se irrita contra quien le da una leccion moral, lo mismo que si le hiciera un agravio. ¡Comuniones! ¡ah! rezos, novenas, trisagios, júbileos, visitas de cinco altares, oracion mental &c. &c.; pero la soberbia en su lugar, el rencor con el prójimo, lo mismo, y todo lo demas, *idem* compuesto de *is*. Esto se llama, señora, traer el rosario al cuello, y el diablo en la capilla.—¡Qué

buen predicador va V. saliendo! yo creia que solo mi cuñado tenia esa gracia.—No, mi señora, yo tambien la tengo cuando quiero. Sé predicar; pero lo peor es que para V. predico en desierto. Tú, Dionisio, hijo, que me escuchas con tu acostumbrada calma, penéstrate de mis razones: no te dejes alucinar de tu santa muger: ponte los calzones: haz que cumpla con sus obligaciones: que atienda, que cuide de su casa y de sus criados, que no sea mitotera ni vagamunda á lo divino; y si no se reduce por bien, palo con ella, que buenos lomos tiene....

¡Miren que maldito Nariguetas! decia Eufrosina montada en rabia: groseron, malcriado, indecente: todas las cosas de V. se le parecen: ¡miren que consejos tan endiablados le da á Dionisio! Ya se guardará de-tomarlos. Sí, pobre de él si el diablo lo tentara á impedirme mi gusto, ni tocarme un pelo. ¡Qué buenas uñas tengo para defenderme en ese caso!

Apénas dejó de reñir Doña Eufrosina, cuando tomó la palabra la tia Doña María y dijo: No hay que hacer: los tiempos estan perdidos: ya no solamente faltan los buenos cristianos de marras, sino que

se enfurecen contra los que quieren serlo. Si digo yo que este señor licenciado, con perdon de VV. ó es herege ó no le faltan dos deditos. Arrenuncio: Dios me libre de estos sabiondos del infierno: salvo sea el lugar.... Diciendo esto, se persignaba muy seguido.

Cosquillas le hacian al licenciado con estas cosas, y mas se reia cuando para coronar la fiesta, dijo Pomposita: Mamá, tia: cállense la boca: no hay que incomodarse demasiado con este buen señor que Dios perdone, asi como debemos perdonarlo. Jamas han faltado en el mundo perseguidores sangrientos de la virtud. ¡Qué baldones, qué injurias y denuestos no sufrieron por ella los Franciscos de Asis, los de Borja, los Juanes de Dios, los Estanilados Kostkas....pero ¡que mas! al Maestro de la virtud, á la misma Santidad, á Jesucristo ¿no trataron de hechicero y sublevador de la república sometida al imperio del César Romano? y por estas execrables calumnias no lo hicieron morir en una cruz? ¡Pues qué hay que admirarnos de que este caballero nos insulte por esta misma causa? Lo que debemos hacer es seguir impávidas con paso firme el camino co-

menzado, sin escuchar los silvos de las serpientes, ni los cantos de las sirenas de este mundo. Armémonos, mamá y tía mia: armémonos de fortaleza en el Señor, y digámosle siempre con el Santo Profeta rey, que nos libre del hombre inicuo y engañoso, *Ab homine inicu et doloso erue me*, acordándonos con el profano Horacio de que el que quiere llegar á la mesa ó término de la carrera, tiene que sufrir y vencer mil obstáculos.

Esto es, señores, lo que me parece conveniente decir á VV. en descargo de mi conciencia; pues, no porque presuma enseñar á ninguno, no, Dios me libre de semejante presuncion; está mi humildad muy léjos de esta arrogancia: soy barro frágil, soy polvo deleznable, soy la tierra que todos pisan; pero como humana, me lastiman las injurias hechas á mi mamá: sin embargo, yo por mi parte las perdono.

El discurso pedante é hipócrita de Pomposa hubiera seguido si diera lugar el licenciado con su risa burlona, que fué tanta, que no pudiendo refrenarla, se levantó de la mesa, y se fué á tirar á un canapé apretándose la barriga, lo que aumentó la cólera de nuestras beatas.

Pomposita y su madre se retiraron enojadas, y la tía Doña María tambien se levantó de la mesa rezongando unas cuantas blasfemias contra el risueño licenciado, y se marchó sin decir ahí quedan las llaves. D. Dionisio se manifestó avergonzado por el poco fruto que sacó de su preparativo: Doña Matilde y Pudenciana se affligian al contemplar el grado de delirio de sus deudas: el padre D. Jaime decia que eran humoradas pasajeras: el coronel todo lo escuchaba con prudencia; pero Narices, despues que se cansó de reir, dijo á D. Dionisio: No pienses, amigo, que hemos logrado poco: ellas van como perro con cohete en la cola, ardiendo contra mi; pero van espantadas de que les he sacado á plaza su hipocresía, y lo peor es que no es otra cosa. No te fies de tu muger ahora, y ménos de tu hija. Sábeta que cuando yo era colegial tuve unos amorcillos puramente platónicos con una muchacha inocente y á la que su madre tenia en gran concepto de virtuosa; pero no obstante, se iba á almorzar conmigo á la Alameda con una prima suya cada vez que yo queria; y ¿cuál piensas que era el pretexto con que salian de casa? No otro si-

no el de que iban á confesarse y á comulgar. De manera que sí yo he sido mas tunante ó ellas mas locas, sucede una averia bajo unos pretextos muy engañosos. Conque no te descuides.

El coronel apoyaba con la cabeza el consejo del licenciado y Doña Matilde, cansada de esta crítica contra su hermana, trató de que nos recogiéramos á la siesta, lo que hicimos cada uno segun su gusto.

Tres horas habrian pasado, cuando estando tomando chocolate en la sala, entró una criada diciendo: Señores, el paje dice que han matado los caballos á la niña. Fácil es concebir el efecto que causaria en todos semejante noticia. Sorprendímonos, bajamos al patio, entramos á la caballeriza, y encontramos á Pomposita privada en brazos del lacayo con unas tijeras en una mano, y un manojo de cerdas en la otra: el caballo azorado todavia y sin un pelo en la crin ni en la cola, nos hubiera sido un objeto de risa, si lo permitiera la triste situacion de Pomposa, á quien subieron las señoras á la recámara, y habiendo llamado al médico á toda prisa, le proporcionaron los remedios oportunos.

Entre tanto que Eufrosina, la tia vieja, Doña Matilde y Pudenciana, con lágrimas, gritos, y apretones de manos aplicaban á la enferma las medicinas que el médico ordenó, el cuitado de D. Dionisio se desgredaba y pateaba en la caballeriza al ver á su caballo tan mal parado, ignorando la causa de semejante fechoria: el lacayo, aturdido con las amenazas del amo, no sabia que decir, pues en realidad el pobre no vió entrar á la niña, y solo acudió á favorecerla al ruido de las coces del caballo y del fuerte grito de Pomposa.

Sin embargo de todo esto, no se aquietaba D. Dionisio; lo hizo encerrar en un cuarto, con intencion de matarlo á palos, si averiguaba que habia estado en él la culpa.

Así que calmó un poco su primera cólera, subió á ver á su hija, á la que halló enteramente buena, pues mas fué el susto que el daño que recibió. Entónces la preguntó qué quien habia tusado á su caballo, porque si habia sido el lacayo, le iba á dar tanto palo, que de su casa iria al hospital y de este á la sepultura. Masque me ahorquen, decia, masque me ahorquen: esta infamia no la perdonaré en mi vida.

Pomposita agitada por su conciencia escrupulosa, le dijo que el muchacho no tenia la culpa: que ella habia trasquilado al caballo porque no le alcanzaban las cerdas que le habia llevado su tia Doña Maria para hacer su cilicio; pero que si habia hecho mucho mal en esto, suplicaba el perdon humildemente.

Cuando D. Dionisio se impuso á fondo de que su hija habia sido la autora de semejante daño, poco le faltó para afanzarla y darla una tunda como la merecia; pero se contuvo por el respeto de su cuñado y los demas señores. ¡Vean VV. decia: haberme perdido esta maldita muchacha un caballo tan lindo y generoso que me costó trescientos pesos! ¡Voto á!...

No te aflijas tanto, decia el licenciado disimulando la risa, para todo hay remedio en esta vida.—Pero para esto no: ¿qué remedio puede haber para que le nazcan las crines y la cola á mi caballo, cuando este diablo lo tusó enteramente, y está tan feo que ya no queda para otra cosa sino para echarlo á la carga? No te hubiera matado, condenada, que bien lo merecias? Vamos, hombre, no te apures, continuaba el licenciado: dime, ¿no hay quien

haga cabelleras y casquetes para los calvos y tiñosos? pues por qué no habrá quien haga crines y colas para los caballos tusados? Se harán, se harán, y yo me eucargo de ello. Buscaremos un caballo de igual pelo, lo compraremos, se tusará, y con sus crines y cola se suplirán las que le faltan al retinto.

Algo se serenó D. Dionisio con este consejo, á cuya serenidad procuraron todos concurrir del mejor modo que pudieron. Pomposita así que vió á su padre tan enojado, tomó el partido de fingirse mas adolorida del estómago para indultarse del castigo que aun esperaba: se le repitieron los remedios, y á poco rato de su nueva convalescencia, se despidieron todos, y se retiraron á sus casas,

¿Quién no se persuadirá á que Pomposa, escarmentada con este lance en que pudo haber peligrado su vida, se dejaria de sus ridículos fervores? Pues no fué así: su vocacion no estaba pegada con oblea; era muy tenaz en sus proyectos; y así emprendió otro que le salió mas caro que el antecedente, como se verá en el capítulo que sigue.